
ALTARANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1685 MONTERREY, MEXICO

EL PROGRAMA DEL ALCALDE

Altarana es un pueblecito de los Alpes occidentales, formado por dos estrechas manzanas de casas unidas entre sí por medio de un puente de piedra, bajo el cual pasa un torrentillo que se encamina, á grandes saltos, hasta el torrente verdadero que da nombre al valle, verde y solitario, cerrado en el fondo por la blancura resplandeciente de una nevera. La pendiente de la montaña, encima del pueblo y debajo de él, es muy rápida, y se halla cubierta de castaños, de hayas, de abedules y de olivos á través de cuyo follaje se ven, acá y acullá, algunas casitas, cerradas como sepulcros durante nueve meses en cada año. El pueblo tiene una sola calle, muy larga, que forma una serie de plazoletas irregulares: delante de la iglesia, frente al Ayuntamiento, á la entrada de la botica y al pie de una posada de no malas apariencias que se abre siempre en Junio y se cierra en cuanto llegan los primeros fríos. Los habitantes compensan, á fuerza de laboriosidad y de economía, la insuficiencia de los productos de la comarca, reduciéndose á vivir de leche y de polenta, rociada algunas veces con aguardiente. Las mujeres hacen de bestias de carga; los hombres emigran en la estación buena y no tornan hasta el invierno. Lo cual parece que ayuda al crecimiento de la población, porque se ven montones de chiquillos

rubios, coloradotes y muy sucios, por todas las puertas. Como á una milla más abajo del pueblo, en el camino real del valle, existe un arrabal inculto que lleva por nombre las «Casas rojas», y forma parte del Municipio. En verano se advierte en todos esos lugares un estremecimiento de bienestar profundo, una música de aguas, una pompa de flores que hechizan; en otoño é invierno todo está silencioso y triste. El único torrente del fondo conserva su hervir sonoro, que llena el valle, interrumpido por el continuo martilleo sobre los yunques, producido por los contados herreros que hay en el contorno.

Al día siguiente de su llegada, vió Emilio presentarse en la casa una especie de malhechor, de baja estatura, pero anchísimo de espaldas, bizco, y con un gran sombrero calabrés y una enorme barba entrecana; el tal sujeto, con una voz de gallo que, al salir de entre aquel bosque de pelos, daba risa, invitó á Emilio, de parte del alcalde á encontrarse en la Casa Ayuntamiento á una cierta hora, en la cual debían reunirse en el mismo sitio todos los profesores del pueblo. El dependiente del Municipio había sido picapedrero, hasta que un rancajo de piedra le inutilizó un ojo; por eso los del pueblo, con cortesía montaraz, solían llamarle «el tuerto» ó «el bizco», apodos que aceptaba él con indiferencia, cuando no había bebido.

En la hora señalada hallóse el maestro en la Casa Consistorial, impaciente por ver juntos á sus colegas, porque su precoz experiencia del mundo había despertado en él aquella curiosidad de conocer nuevos originales humanos; curiosidad que no suele variar sino mucho después, en la edad de la observación.

En la sala del Concejo se hallaron cinco; tres maestras y dos maestros; era la sala un cuarto bajo y estrecho en que había, de una parte, varios órdenes de estantes llenos de cajas de cartón, en las cuales se contenían colecciones de actas oficiales y varios registros; y en la otra un retrato en litografía del Rey; retrato que las moscas se habían cuidado de ennegrecer por completo, y á uno y otro lado un calendario escolar y una lista de las autoridades del pueblo. En medio estaba la mesa de las sesiones, formada por

cuatro mesitas de diferente altura, cubiertas por un tapete agujereado. Allí se respiraba el moho y la humedad, como si las ventanas no se hubieran abierto hacía un año.

Un hombrecillo obsequioso, vestido de un modo intermedio entre el mozo de café y de escribano, con un semblante agudo y dos bigotes de ratón, se presentó primeramente él mismo á Emilio Ratti, diciéndole que era el secretario del Ayuntamiento, y después le nombró á sus colegas. La señora Pezza, maestra de 1.^a y 2.^a; la señorita Vetti, maestra de la escuela del arrabal de «Las casas viejas»; la señora Falbrizio, maestra de 1.^a; el señor Calvi, maestro de 1.^a

Emilio fijó su atención en la maestra Vetti, la que, al observar la mirada del maestro, bajó sus ojos, pero con esa expresión viva que diferencia el acto mismo cuando se hace por coquetería y cuando se realiza por modestia. No dudó un momento: aquélla debía de ser la maestra de quien Lérica le había hablado; era una figura de modistilla morena, que se había pintado para disimular un poco lo obscuro de su cara, y cuyos movimientos todos, aún los más ligeros, dejaban entrever, bajo el chal, un cuerpecito flexible de bailarina. La señora Pezza era una joven de más de treinta años, amarilla, con los ojos malos y vestida como una mujer que no se cuida ya de sí misma; y la señora Falbrizio era una aldeana de cincuenta años, con una cara tosca y astuta, con pañuelo á la cabeza y el delantal y las tijeras atados á la cintura. Por lo que respecta al señor Calvi, alto y afeitado, vestido con un sobretodo verdoso que se le caía de los hombros, hizo que Emilio recordase á cierto pobre poeta hambriento que había estado diez años antes en su ciudad natal, y había dado allí academia de literatura antigua en la tienda de un barbero.

Cinco minutos después se presentó el alcalde, seguido del superintendente.

Era alcalde hacía cuatro años. Había sido el fundador de la gran posada del pueblo, que le había comprado después un fondista de Turín, el cual la había ensanchado y embellecido; al presente, vivía de sus rentas, que consistían en dos casas y una gran ex-

tensión de monte. Su cara denunciaba su primitiva profesión; una cara de cocinero: ancha, afeitada, coloradota, una verdadera vejiga de manteca, de la cual se destacaban dos labios gruesos de sátiro, á través de los cuales se descubrían los dientes grandes y blancos: llevaba rapada la cabeza y tenía el cuello muy corto.

Entró con la desenvoltura estudiada de un comediante, sonriéndose con todos, y diciendo:

—Señores profesores, «síéntensen» ustedes.

Cuando los vió sentados en un lado de la mesa, se sentó al otro, y cerca de él tomó asiento también el superintendente, un hombre de cincuenta años, con una cara bonachona, formada, al parecer, por dos medias caras de personas distintas, y que descansaba la barbilla sobre una papada enorme que iba á esconderse bajo la camisa.

Era aquél el año en que debía ponerse en vigor la nueva ley de instrucción primaria obligatoria, y el alcalde había reunido á los profesores para hacerles algunas advertencias relativas al caso. Principió, pues, su perorata sin sujeción alguna á las reglas gramaticales y pesando sus palabras, pero con cierta franqueza.

—Este año, por fin, señores maestros, pues que tendremos vigente la nueva ley de enseñanza obligatoria, les he llamado precisamente para eso. Ustedes me conocen y saben si soy apasionado por la instrucción. Y precisamente este año es necesario que redoblemos nuestra actividad. Ahora lo digo: se trata de que declaremos á la ignorancia una guerra á muerte... á muerte. Esta es mi palabra. La ley es sacrosanta. A nosotros nos toca hacerla respetar todos, con buena voluntad; estimular á los padres y á las familias y tener las escuelas llenas y conquistar honra. Por mi parte, declaro que iré adelante sin contemplaciones, y ahora el secretario dará á cada uno la lista de los que resultan obligados por la ley, que hemos formado con toda exactitud y puntualidad. Lo repito: no se trata de transigir; serán rigurosamente denunciados al señor gobernador los nombres de los padres

rezagados. Cincuenta céntimos de multa, dos veces repetida, y después tres pesetas, seis pesetas, cien pesetas. Suplico á ustedes que se lo hagan entender ustedes mismos á sus respectivos alumnos, y, si es preciso, visiten las casas de los padres y las madres para persuadirlos. Vuelvo á recomendar esto. Comencemos el año bien, que todo irá bien en beneficio de la población. Resolución, instrucción, energía, no detenerse nunca. Esto en general, y por lo que respecta á la aplicación de la ley.

Aquí, cuando todos esperaban que, concluido el exordio, entraría de lleno en el discurso, comprendimos que el discurso había terminado.

—En cuanto á lo demás,—prosiguió el alcalde,—nada tengo que decir. Señor secretario, las listas.

El secretario, que había escuchado el discurso con la más profunda atención, saltó de su asiento y entregó á los maestros las listas que tenía ya en la mano. El alcalde se levantó, y se levantaron todos. Ratti echó una ojeada á su lista; los alumnos eran setenta y cuatro.

Como un soberano después de recepción solemne, el alcalde dirigió algunas palabras afectuosas, sucesivamente, á todos los profesores, menos á la maestra señora Falbrizio. Observó el joven que, al decir á la maestra que mandaría cambiar la cuerda de la campana de la escuela, se acercó á ella de un modo no muy correcto, hasta el extremo de tocarse ambos con las narices; tenía la maestra, como muchas mujeres, en el movimiento, en la sonrisa, en las palabras, todos los atractivos y los acentos de la voluptuosidad expresados con una verosimilitud tan fiel, aunque un poco desenfrenada, que excitaba los sentidos. Preguntó á la señora Pezza cómo estaba de salud, y sacudió la cabeza, demostrando su sentimiento. Al maestro Calvi le preguntó familiarmente:

—¿Y qué tal, qué tal? ¿El nuevo silabario va bien?

El maestro, gesticulando mucho, le dió una explicación que no se acababa nunca. A Emilio le apretó la mano, repitiéndole las frases del programa:

—Nos hemos entendido; guerra á muerte á la ignorancia; esta es nuestra bandera; conformes en esto, estamos conformes en todo.

Y con estas palabras la reunión tuvo acabamiento.

LA INSTRUCCIÓN OBLIGATORIA

Desde los primeros momentos comprendió Emilio que debajo de aquel belicoso programa debía de ocultarse bastante de charlatanismo, y también no escasa provisión de aquella ignorancia á la que pretendía el alcalde combatir á muerte. Pero pensó que, por lo menos, aquel alcalde no iría á la escuela para molerle con la gramática. Visitando la escuela, observó que sería preciso, antes que á la ignorancia, combatir á otra enemiga, que era la suciedad. Las escuelas de niñas estaban en el piso bajo de una casa ya vieja próxima al monte, y que habían transformado en escuela, como habían podido, derribando algunos tabiques; en uno de los cuartos del piso de arriba estaba la clase superior de niñas, y en los otros, á lados distintos del descansillo, habitaban el dependiente del Municipio y su mujer. La clase de Emilio era un cuartucho bajo, alumbrado por dos ventanitas enrejadas, atravesado de parte á parte por un larguísimo tubo de estufa, con el artesonado negro de humo y una de las paredes engrasadas por las cabezas de los alumnos que á la escuela habían asistido quizá durante veinte años. Había allí hasta cuatro carteles, dos de los cuales, ya carcomidos, tenían la fecha de 1847. Completaban el cuadro las paredes manchadas de humedad, los cristales unidos con papel, las telarañas en todos los rincones y una escoba sucia que se mostraba arrogantemente en el hueco de una ventana. La primera vez que Emilio vió aquéllas, recordó estas palabras de Tommaseo: «Cuando la escuela no es un

templo, es un cubil.» A aquella escuela podía referirse, al pie de la letra, esa frase.

Comenzó, no obstante, con muy buenos deseos. La novedad de la instrucción obligatoria dábale aún mayor ardor, como si con ella debiese principiar un período nuevo y mejor de existencia; un período en el cual los padres, más convencidos de la importancia que la instrucción tiene, al verla impuesta tan solemnemente, como un sagrado deber social, habrían de conceder al maestro más respeto, y más consideración auxiliarlo, en cierto modo, en su oficio, empleándose con más empeño en infundir á los niños el amor á la escuela, haciéndoles asistir á ella todos los días y todo el año. Por su parte, estaba resuelto á hacer todo lo posible para que la ley fuese cumplida.

El día de la apertura se le presentó una compañía de muchachos sanotes, vigorosos, de un hermoso color de montañeses, con cabecitas que revelaban fuerza de voluntad, y ojos azules claros, que hacían esperar indole apacible. Pero los allí presentes eran cincuenta y tres, siendo así que los inscritos eran setenta y cuatro. Verdad es que este número no hubiera cabido en la escuela, y en eso no se había pensado. Pero en lo que respecta á la ley, no había que decirlo; veintiún ausentes eran muchos. Transcurridos algunos días, el maestro formó su lista y se la presentó al secretario; éste la transmitió al alcalde, y le pidió al mismo tiempo noticias relativas á los padres, para ir en busca suya. Casi todos estaban fuera del pueblo. Determinó Ratti hacer dos ó tres visitas al día, desviando, ya á un lado, ya á otro, su paseo acostumbrado. Comenzó su expedición con celo verdaderamente apostólico, después de haber preparado en su pensamiento algunas exhortaciones breves, razonadas, y que le parecían de efecto seguro. Pero sus ilusiones duraron muy poco. Aún presentándose de una manera atenta y amistosa, en casi todas partes fué mal recibido. Algunos le dijeron claramente que no habían enviado á la escuela á sus hijos porque necesitaban de ellos para las labores del campo; otros, porque la escuela estaba muy lejos; otros, porque el muchacho no estaba muy bien de salud; y mientras hablaban, estaba allí el enfermo

mascando pan á dos carrillos. Emilio procuraba primeramente persuadir, después apercibir en nombre de la ley.—¡Ah! ¡La multa! le contestaban. Esas son niñerías. ¡Sería de ver que el señor alcalde se atreviese á quitarme de la boca ese pedazo de pan!—Reíanse á quitarme de la boca ese pedazo de pan!—Reíanse algunos diciendo que todo se reduciría á publicar los nombres de los padres en algún sitio donde nadie pudiese verlos. Uno de aquellos aldeanos le dijo: «¡Ah, sí! Todavía nos faltaba esta vejación. No era suficiente la «deva», era necesario agregarle la «obligatoria». Sin duda el señor alcalde me pagará el criado que he de poner en el lugar de mi hijo, que es quien ahora va á mis recados; sin duda el señor pretor se propone venir para llevar mis vacas á que pasten... Dejemos esto así, señor maestro. ¡Se necesita valor para venir con estas embajadas!» Pero los más originales eran los que razonaban sobre la cosa tranquilamente, como si el enviar los chicos á la escuela fuese prestar al Gobierno un servicio que les diera derecho á un premio.

—Pues bien—le dijo uno de éstos en la conversación;—si el Gobierno quiere á los muchachos en las escuelas, que los subvencione. A los soldados se les mantiene y se les paga, me parece. Ahora el Gobierno quiere escolares, pues que pague los escolares.

A pesar de todo, en parte por miedo á la multa, en parte por condescendencia, seis ó siete de las veinte familias rehacías enviaron al fin sus chicos á la escuela. En cuanto á las otras, comprendió el maestro que no quedaba más remedio que esperar los efectos del rigor del alcalde, y desistió de su propaganda.

CURA Y SECRETARIO

Emilio había encontrado alojamiento no muy distante de la escuela, en una casita desenesada y negra, en cuyo piso bajo vivía el secretario del Ayuntamiento, y en el piso primero, en la meseta misma, la maestra señora Pezza, que habitaba con una hermana de mucha edad. La casa, compuesta de dos alas unidas en ángulo recto, formaba un patio pequeñito, abierto en la mitad del valle, y de aquella parte corría á lo largo de los dos lados un terradillo sobre el cual daban; acá, la puerta vidriera del cuartito de la maestra, allá, la del cuarto de Emilio; una cancela de madera separaba ambas alas del terradillo. El secretario, soltero, tenía en el piso bajo una alcoba y una cocina, á la que venía diariamente dos veces una vieja para condimentarle los alimentos. Con esta vieja se arregló el maestro, previo permiso del amo, para que en la misma cocina le aliñasen también algún alimento, que Emilio, sin embargo, había de comer en su estancia. Esta circunstancia de tener criada común dióle ocasión de familiarizarse pronto con aquella personilla de aguda barba y de bigotes de topo, cuya timidez había notado en la sala del cabildo. Era hombre de unos cuarenta años, si bien, á causa de su exigua estatura, parecía más joven; tenía el aspecto de un empleadillo vulgar, cuyo semblante y cuya manera de moverse, de estar parado, de hablar, expresaban un sentimiento de temor indefinido, mezclado con un respeto obsequioso é inquieto hacia algún gran personaje presente, á quien

sólo él veía. El aseo escrupuloso de sus ropas raídas, el cuidado que ponía en no estropearlas, al moverse y al sentarse, dejaban adivinar una vida entera de economías, de previsión, de cuidados; y lo mismo le sucedía con las palabras: pesábalas una á una en su fuero interno antes de decirlas y después de haberlas dicho, como palabras de testimonio judicial. Tenía también la costumbre de hablar en voz baja siempre, hasta en su casa, y mirando en rededor suyo, como si temiera que dentro de cada mueble hubiera escondido un espía. A este desdichado, en quien parecían estar encarnadas todas las angustias, todas las dificultades y todos los peligros de su cargo, sintióse ligado el maestro muy pronto por lazos de simpatía; y aunque su conversación resultaba necesariamente algo deslavazada, porque no había modo de sacarle de la boca una indiscreción, ni siquiera un juicio, ni aún benévolo, sobre las personas del Municipio, ó sobre sus hechos, se acostumbró á pasar con él la noche en su cuarto muy agradablemente. No tardó mucho en descubrir un vicio del secretario: era aficionado á la bebida. Pero bebía solamente en su casa, y á obscuras. Percatóse Ratti del extraordinario respeto que su vecino manifestaba al personaje invisible y del redoblado celo con que elogiaba á la autoridad en ciertas horas de la noche. Ocurrió, precisamente en una de esas horas, que enterándole de cómo el cura se había curado de su erisipela, le aconsejó con mucho miramiento que fuese á visitarlo; y cuando le oyó decir que iría, se alegró mucho, y le dijo al oído:

—Siempre es prudente.

Prevenido en contra por la experiencia del cura de Piazzena, fué Emilio, de muy mala gana, á visitar al párroco, dispuesto á tropezar con otro clérigo del mismo jaez. No sucedió así; antes por el contrario, halló un cura, no solamente distinto de todo en todo, sino completamente nuevo para él. Hallóle en el fondo de una habitación larga y muy estrecha, sentado cerca de la ventana y delante de una mesita en la que sólo había un libro abierto. Estaba anocheciendo y llovía: en la habitación reinaba tal obscuridad, que Emilio no habría de modo alguno adivinado, ni aproximada-

mente, la edad del sacerdote, si las facciones firmes, de hombre en el vigor de su edad, con la gran frente huesosa sobre la nariz aguileña, no se hubieran proyectado de perfil sobre el resplandor crepuscular de la ventana. El recibimiento fué brusco y extraño, como el perfil lo era.

—Agradezco á usted su visita,—dijo al maestro, hablando de prisa, con voz clara y con una pronunciación italiana que, aún conservando el dejo provinciano, revelaba cierta cultura. Pero si viene usted para hablarme de la escuela, no era menester que se hubiera molestado.

Emilio se asombró, y preguntóle el por qué. Después respondió de pronto y muy secamente:

—He venido para cumplir una obligación de cortesía.

—Entonces—replicó el sacerdote,—tanto mejor. Pero quiero decirle en pocas palabras, con toda lisura, mi manera de pensar. No me entremeto, en nada y para nada, en las escuelas municipales, porque desapruébo en absoluto cuanto allí se hace. Lo dicho. Desapruebo lo que allí se habla de religión, el sistema educativo empleado con los niños, el criterio adoptado para la elección de los maestros, los programas, los libros, todo, en fin; y, no pudiendo lograr que se haga lo contrario de lo que se hace, para no dar ocasión á que surjan disgustos infructuosos, me retraigo.

Emilio quiso hablar. El sacerdote le atajó, diciendo:

—Es inútil, y perdóneme usted. Aún puesto caso de que usted fuese, en todo y por todo, de mi opinión, sería tiempo perdido el que empleásemos en discurrir juntos: porque, á pesar de todo, usted no podría dar sus clases con arreglo á sus ideas y á las mías. La escuela elemental es lo que es, ó mejor dicho, lo que la han hecho ser, y ningún maestro puede cambiarla. Ahora bien: yo profeso la firme, la invencible convicción de que, fuera de la ley divina, no es posible fundar la educación de la infancia sino sobre un amasijo de contradicciones absurdas, y de que, por consiguiente, la escuela, tal cual hoy la tenemos, con esta ficción de enseñanza religiosa que sería más honrado quitar; la escuela que pone á Dios á un lado,

cuando no lo esconde por vergüenza, es la peste de la juventud y conduce hacia su perdición á las sociedades. No soy hombre de estudios, y no sé decirle otra cosa. Pero estoy seguro de esto como de una verdad de aritmética. Usted dirá: «Es un sacerdote el que habla.» Pues aseguro á usted que si yo no fuese cura, y si fuese además incrédulo, estaría igualmente convencido de lo que he manifestado. A su debido tiempo expuse estas mismas declaraciones al señor alcalde, con quien no estoy de acuerdo. Por eso no he aceptado la superintendencia. No pienso en los niños más que en el templo. Usted puede hacer y decir en su escuela lo que le parezca. No reconozco la escuela actual. Sobre este punto, perdóneme usted la franqueza, quedemos así de una vez para siempre.

Dudó Emilio un instante entre si debía ofenderse por aquel discurso, ó si estaba en el caso de manifestar absoluta indiferencia; pero dominado por cierto respeto que aquella sinceridad imponía, respondió:

—Está bien; usted persevera en sus ideas, yo persevero en las mías. Soy hombre honrado, y como hombre honrado educo á los niños. Esto me basta.

—No basta—dijo el sacerdote.

El maestro lo miró con asombro.

Entonces el cura, levantándose, prosiguió:

—Usted es honrado porque desde niño fué educado como usted no puede hoy educar á los otros, es decir, con la religión. Por esta causa los niños de hoy valen menos que valían los de ayer, y los que vengan mañana serán peores que los de hoy. Y así andaremos hacia adelante hasta la ruina. Y si no llega ahora mismo esa ruina, es porque, sin quererlo ni echarlo de ver, los maestros, las familias y los alumnos tienen todavía un pie sobre los restos del antiguo cimiento. Cuando ese resto falte, sépalo usted, llegará día en que los maestros no se atreverán ni aún á decir á los niños: «No robéis.» No lo dirán ellos, sino los guardias civiles... si los hay todavía. ¡Así pudiera salvarse mi alma como estoy seguro de esta verdad!

—A lo menos—dijo Emilio sonriendo,—ya en la puerta, estoy muy seguro de que no veré ese día.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintitrés.

—Pues bien—dijo el cura;—no se forje usted ilusiones. Vaya usted con Dios.

El maestro se hallaba, como joven, demasiado imbuído y animado de sus ideas propias para que saliese turbado de aquella conversación; pero sí salió con una duda extraña en lo que se refiere al hombre. Había visto en su rostro y oído en sus palabras alguna cosa por la que se hubiese atrevido á jurar que le faltaba la fe religiosa de que hacía alarde; pareciale también que si hubiera tenido esa fe, en lugar de retraerse, como hacia, habría combatido con ardimiento para hacerla triunfar. No; no hubiesen hablado así á un joven un sacerdote culto y religioso en el fondo de su alma; no le hubiesen hablado así algunos sacerdotes ancianos á quienes él conoció siendo muchacho, á quienes su madre respetaba, y cuya voz aún resonaba vagamente en su oído, suave, cariñosa hasta conmooverlo y persuadirlo, más con el tono que con el sentido del discurso. No; Emilio habría jurado que aquel sacerdote no rezaba, y que en toda su vida había llegado hasta el corazón de uno de sus feligreses. No; no era un sacerdote creyente. Había adivinado, no obstante, en él un convencimiento profundo de lo que decía; hasta tal punto, que de su sinceridad habría dado fe el mismo Emilio. ¿Cómo era posible esa contradicción? Conociéndolo mejor, acaso lo comprendería; andando el tiempo quizás se lo explicase alguno. Por el pronto, Emilio Ratti no lograba comprender. Con este enigma en la cabeza salió de la casa, y también con un pensamiento consolador. «He ahí otro, pensó, que no irá á entremeterse entre los discípulos y el maestro.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MAESTRO CALVI

Deslizáronse tranquilamente las primeras semanas hasta en la escuela, en la cual había vuelto Emilio, con satisfacción suya, al método de reserva y de firmeza que, con efectos tan deplorables, había abandonado en el último mes de su estancia en Piazzena. Contra lo que él esperaba, porque el tiempo prescrito había ya pasado, impusieron algunas multas á los padres; cierto día vino uno á la puerta de la escuela á vomitar injurias contra todos los poderes del Estado, pero llevó á su hijo; otros cinco ó seis rehacios también comparecieron. El alcalde estaba, pues, resuelto. El maestro comenzó á simpatizar con él. Parecía que también el maestro era del agrado del alcalde, porque le encargó de dar clases nocturnas. Una mañana fué exprofeso á la escuela para proponérselo.

—El maestro señor Calvi—le dijo,—es un excelente profesor y un hombre de talento; pero tiene otras ocupaciones. Además, las cosas nuevas necesitan maestros nuevos. Adelante, pues; mañana se publicará el anuncio abriendo la matrícula, y en la semana próxima daremos principio. Verá usted, verá usted; vamos á transformar el pueblo.

Efectivamente, una semana después daba Emilio la primera lección á unos veinte alumnos, entre jovenzuelos y hombres maduros; un aprendiz de carpintero, dos herreros, algunos pastores, el campanero y un viejo que desempeñaba juntamente los oficios de barbero y de pescador de truchas en el torrente; varios de és-

tos sabían un poco de lectura y de aritmética y asistían para perfeccionarse. Esta clase nueva, que no le daba en qué pensar en lo referente al orden y en lo relativo á la enseñanza, le presentaba dificultades nuevas, como la necesidad de emplear procedimientos más rápidos y de dar enseñanza casi por atajo, más sustanciosa y más desnuda que la dada á los niños, lo recreó el principio y le proporcionó el medio de hacer muchas observaciones provechosas. Lo malo era que habiendo de servir para todos una lámpara de petróleo colgada en medio del techo, necesitaban los alumnos, si habían de ver en sus libros y sus cuadernos, agruparse debajo de la luz, pegándose unos á otros, y los que estaban lejos, si hallaban en lo impreso letras pequeñas, habían de encender fósforos para alumbrarse. Pero había en todos muy buena voluntad, y hallándose la habitación templada con la estufa, que para algunos era una bendición de Dios, la tarea del maestro resultaba menos dificultosa. Solamente abrigaba Emilio un temor: el de que su colega el señor Calvi se hubiese ofendido por la preferencia que Emilio mismo había logrado; pero habiendo tenido ocasión en aquellos días de visitarle varias veces y de conocerle mejor, se tranquilizó por completo. El maestro señor Calvi era un pensador progresista, algo caprichoso, á quien faltaba muy poco, poquísimos, para ser un hombre de ingenio. Pasábase la vida buscando nuevos métodos, de los cuales ensayaba uno al mes, con la esperanza, renovada siempre, de obtener milagros, pero con el aprovechamiento de sus discípulos que cualquier maestro puede figurarse: métodos de lectura, de escritura, de numeración, de educación, de mnemotecnia, de todo. Durante algún tiempo había enseñado el abecedario poniendo cada letra como inicial de un nombre de animal: *A* sno, *B* uey, *C* rocodilo, *D* anta, *E* lefante, etc. Pero se había visto precisado á desistir por la ruidosa é irresistible hilaridad que producían ciertos equívocos, motivados por esta nomenclatura. Después había hecho escribir á los alumnos, durante los primeros meses, con lapiceros negros, rojos y azules por ciertos efectos excelentes, tanto ópticos como intelectuales, producidos, en opinión del maestro, por aquella

alternativa de colores. También había discurrido un medio de enseñar á escribir comenzando por la derecha. En lo que respecta á la disciplina, había estado por algún tiempo aplicando á los delincuentes la pena del talión: hería un chiquillo á otro con un clavo; el maestro hacía que le diesen el clavo y con él pinchaba al agresor. Había tenido, sin embargo, grave disgusto con un padre, porque, ajustándose con excesivo rigor al precepto pedagógico que impone la realización de las amenazas, después de haber amenazado á sus alumnos con que los haría tragar los escarabajos si los llevaban á la escuela, había hecho tragar efectivamente uno á un pobre chiquillo, que se fué á echarlo á su casa, gritando como un condenado. En todo lo demás era bueno y tolerante, quizá demasiado, con sus discípulos; si llevaba á cabo, tal cual vez, aquellas crueldades, era con el propósito de abrir nuevas vías á la ciencia de la educación. Corresponsal infatigable de varias publicaciones de enseñanza, á las que enviaba sus proyectos y artículos de todas clases, escribía en la escuela sus cartas y sus disertaciones, leía periódicos, hacía dibujos, meditaba; en su mesa de clase había un «totum revolutum» de libros, de cartapacios, de folletos mezclados con frascos de tintas de varios colores, puntas de cigarros, pañuelos, cosillas de museo pedagógico, fabricadas por él mismo; y los muchachos, por su tendencia natural á la imitación, convertían los bancos en otros tantos almacenillos de todo. Esto no obstante, el maestro era muy del agrado del alcalde, por la variedad continua de los propósitos que sometía á su aprobación, y que el alcalde aprobaba siempre, sin realizar ninguno. Ya era la formación de un comité para la propaganda de la instrucción popular; ya la celebración de una «fiesta intelectual» á beneficio de las escuelas municipales; otras veces un experimento público de ciertos ejercicios que él denominaba «carreras vocales», y que consistía en hacer que los alumnos corriesen recitando algunas poesías escritas «ad hoc». Esto, á juicio del inventor, proporcionaría datos preciosos para demostrar los efectos del movimiento acelerado en los órganos de la voz y de la memoria. Absortó en estos pensamientos, el se-

ñor Calvi no hablaba nunca, como los otros maestros, de las miserias de su profesión, y acaso ni las sentía; era un proyectista desinteresado. Por otra parte, estaba trabajando hacia ya bastante tiempo en un nuevo Silabario: una idea completamente nueva, que si prosperaba lo haría célebre y rico. A la sazón se ocupaba muy particularmente en madurar otra idea, cual era la de proponer como libro de lectura universal, en las escuelas primarias del Reino, el Código penal; y siempre que veía á Emilio le hablaba muy largamente de esto, demostrándole cómo dicho Código, oportunamente dividido para las distintas clases, y comentado, ofrecía todas las condiciones apetecibles de un libro de lectura perfecto para las escuelas populares. De otros muchísimos proyectos hablaba con el joven, cuidando siempre de decirle, dirigiéndole una significativa mirada: «es una idea mía»; para darle á entender que se lo confiaba bajo condición tácita de que Emilio respetase el derecho de propiedad, y continuaba diciendo:—«No diga usted nada á nadie, por ahora.» En este mundo vago, puramente ideal, vivía satisfecho, escatimándose la comida para gastar en sellos de franqueo y paseando solamente desde su casa á la escuela, y desde la escuela á su casa, su gabán larguísimo, siempre lleno de lamparones, y desabotonado siempre. En el pueblo lo tenían algunos por medio chiflado; otros, por el contrario, hablaban de él con mucha consideración. Tal vez habría prosperado más si hubiera vivido desde joven en una población más grande, en compañía de profesores cultos y de talento, las facultades que en su espíritu eran excesivas y lo extraviaban, habrían sido contenidas al chocar con las facultades semejantes, pero más sólidas, de los otros. Pero viéndolo siempre en aldeitas donde no había quienes pudieran curarlo con sus instrumentos mismos, el señor Calvi no hacía sino adelantar siempre en el camino de las utopias y de las extravagancias. Su mujer, profesora en partos, lo consideraba como un hombre superior: lo envidiaba.

Con este hombre tan original, y con el secretario, pasaba Emilio los pocos ratos que la escuela y los trabajos de casa le dejaban libres, que no eran mu-

chos, porque, entre otras cosas, la instrucción obligatoria había aumentado el número ya considerable de registros que debía él tener ordenados desde el principio. No había ocasión para encontrarse con otros. La señora Pezza, muy achacosa, se encerraba en casa en cuanto salía de la escuela, y además, habiendo solicitado por causa de enfermedad su cese para fin de año, considerábase ya extraña al pueblo. Una vez sola, transcurrido ya un mes desde su visita, encontró el joven al cura, cuyos ojos azules sin vida, y cuyo saludo frío, no le animaron á detenerlo; también era el cura un solitario que de todos huía. Tampoco vió más que una vez, en el transcurso de cuarenta días, á la maestría señorita Vetti, que iba de vez en cuando á comprar algo á casa de la maestra señora Falbrizio, la cual tenía un tenducho de mercería, como una cáscara de nuez por sus dimensiones. La misma forma de aquel pueblo larguísimo contribuía á que Emilio tropezase muy raras veces con las contadas personas con quienes habría podido cambiar algunas palabras. A las ocho de la noche ya parecía que Altarana se había hundido en la falda de la montaña, y apenas si algunas lucecillas diseminadas aquí y allí revelaban que existían criaturas vivientes en aquel espacio negro. Solamente en una noche de cada semana, á cosa de las diez, cuando no tenía la nieve un metro de altura, veía Emilio desde la ventana pasar por la calle algunas sombras, y oía algún trozo de conversación, que cesaba en seguida; eran las pocas personas principales del pueblo que salían de la velada del médico titular, cuya mujer, joven y muy bonita, tocaba el piano; la señora de un asesor licorista; el administrador de correos, con su hermano el boticario; el pretor, joven aún, con su madre, y la prima del alcalde, casada con el recaudador, un salvajote barbudo que recorría todo el año aquel valle con su escopeta de tahalí como un cazador de oficio. Luego que éstos habían pasado, no se volvía á oír en toda la noche más que el zumbido del torrente.

LA SEÑORA FALBRIZIO

Emilio había pasado así tres meses, creyendo haber hallado por fin el asilo de la paz, cuando una conversación que casualmente tuvo con la maestra señora Falbrizio le hizo comprender que también en Altarana había asperezas. La señora Falbrizio tenía su escuela en una casa solitaria, situada cerca del pueblo, en un campo mucho más bajo que el camino que lo flanqueaba. Ocupaba su clase una habitación del piso bajo, y en un cuartito inmediato tenía abusivamente una escuela privada de niños un tal Canigallo, amanuense antiguo que había estado ya en un manicomio; un misántropo de cabellera larga, á quien ninguno había visto nunca con camisa limpia. El piso superior, aún sin terminar, servía de almacén de maderas al propietario, concejal de Altarana.

Emilio vió una mañana á la señora Falbrizio en la puerta de su tienda, con el pañuelo á la cabeza, como de costumbre. La maestra lo llamó y le hizo entrar. Detrás del mostradorcillo había un chicuelo durmiendo en su cuna.

—¿No sabe usted la novedad?—preguntó la maestra.

Emilio no sabía nada.

—Me han despedido.

El joven no quería creerlo.

—Pues nada, es la verdad—prosiguió la maestra con

aire apesadumbrado;—vaya usted á verlo á la alcaldía. El señor alcalde ha mandado fijar el extracto de la sesión del concejo en que todo está dicho, que me han separado.

—¿Separado?—exclamó el maestro asombrado de aquella tranquilidad;—¿y por qué razón?

—¡Oh!—respondió la maestra.—¡Por tantos motivos! La cosa venía ya preparándose hace mucho tiempo. Usted no sabe. Es una historia. Pero yo estoy ya dentro de mi derecho. El contrato es por tres años; me despiden seis meses antes; de manera que ya usted ve. Estoy segura de que el Consejo de Instrucción pública no les dará la razón. Oiga usted: mi marido es leñador; yo, con esta miaja de tienda, gano muy poco; agregue usted á esto que al cabo de diez años de matrimonio, ha venido al mundo este gusarapo, que en realidad no sé cómo el Señor me lo ha enviado. Ya ve usted que tenemos necesidad de ese sueldecillo. No es gran cosa. Trescientas sesenta y seis pesetas con treinta y tres céntimos. Pero es el pan y la maestra.

—¿Pero de qué modo le han despedido?—volvió á preguntar el maestro.—¿Sin un por qué? ¡Qué cosas habrán dicho en la sesión!

—En el proceso verbal se ha dicho que no sirvo para la enseñanza. ¿Qué le parece á usted? Es cierto que solamente he seguido un curso de otoño; pero sé mi obligación, hasta el punto de que los inspectores han salido siempre contentos de mi clase. ¡Oh! Por ese lado estoy muy tranquila. Para despedirme por ineptitud es menester que venga el consentimiento del Inspector. Ya veremos esta primavera. ¡Oh! Pero... hay aquí otros porqués.

El maestro continuó esperando, seguro de que poco á poco iría diciéndoselo todo.

—El primer porqué... ¿Usted comprende?... La cosa principió el año pasado. Yo vine aquí á ocupar el puesto de otra maestra, que era también del pueblo; una joven que después ha tenido que marcharse porque... no podía estar aquí. No gusto de hablar mal de nadie; pero se trata de cosas que sabemos todos. El

alcalde es viudo y está en buena edad; decíase que entre él y la maestra existía, como si dijéramos, alguna amistad. El hecho es que la casó con uno, y se fueron. Pero después ¿usted sabe? como sucede muchas veces, el agua torna al molino. Parece que el alcalde ha dado en la manía de hacer que vuelva la de antes, precisamente porque ya tiene marido, porque tener un marido es lo mismo que quitar pretextos picaros á las malas lenguas. Luego, y éste es otro cantar, dicen que cuando la otra se fué... parece que el alcalde comenzó á rondar á la maestría de las «Casas rojas», y por esta razón no he tenido yo disgustos en un poco de tiempo. Pero ¿qué quiere usted? Un poco tal vez porque las «Casas rojas» están á una milla del pueblo, otro poco acaso porque la señorita es una muchacha honrada...; quién supone que el motivo es el maestro de Azzorno, que quiere casarse con ella... ¡qué sé yo! En resumen, el alcalde quería que yo dejase otra vez el puesto á esa casada.

Divertíase el maestro observando el contraste que había entre la gravedad de aquellas revelaciones y el tono casi benévolo de la maestra; entre la reserva comedida de sus palabras y la malicia que centellaba en sus ojos, en los que se adivinaba una mujer muy decidida para luchar hasta lo último, siempre suavemente, con cualquier adversario.

—Pero—continuó diciendo la señora Falbrizio,— ¡á veces... los hombres! Es claro que han principiado á decir: «que si mis discípulas no aprendían nada; que si yo no estaba suficientemente instruída.» Y hasta del miserable sueldo, trescientas sesenta y seis pesetas con treinta y tres céntimos; «ella es del pueblo, han dicho, y puede renunciar al pico», y me han quitado las sesenta y seis pesetas, que para mí significan algo. Sobrevino la cuestión de la nieve, y también esto lo tomaron á mal. Fijese usted un poco en esto: yo me adapto á todo. El dependiente del Municipio no parece por casa; barro yo la escuela, y tan conforme. Tenemos allí una especie de estufilla; leña no me dan; las niñas traen cada una un tronco, y cuando los inviernos son malos, suelen los padres darles poca; eso sin contar con que de llevar la leña se hielan las

manos, y á las veces no quieren encenderla. Se pasa un poco de frío. Después, un humo que no le digo á usted nada. A todo esto, paciencia.

Pero como sucedió el año pasado que fué preciso dar unas vacaciones de cinco días por haber subido la nieve dos metros veinte centímetros, y hallarse la escuela sepultada hasta las ventanas del piso alto... ahora, imagínese usted que el alcalde quería que yo hiciera abrir camino á mis expensas. Esto no es justo, ¿no es verdad? ¡Una pobre mujer! Después vinieron los padres de las chicas para abrir un pozo, y habíamos bajado, como por un embudo, á buscar la puerta, que no se dejaba encontrar. Entre tanto el alcalde la tomaba, como siempre, conmigo. Nacia, puede decirse, un disgusto cada hora. Ocurrió después aquel bendito asunto del excusado... usted perdone. Pero ¿cómo no ha de hacerse oír la que tiene un poco de decencia? Habilitan ese otro cuartito para una escuela privada, cuyo maestro es hermano de la que se marchó, ¡y hay un solo excusado para mis niñas y para sus muchachos! Escribo al señor alcalde que eso no puede seguir así, y le digo, palabras textuales, «que es un «escándalo inmoral». Me parece que no dije nada de excesivo. Sin embargo, no lo entiendo, también por eso se ofendió. Me contestó por escrito: «Mucho más inmoral es que una maestra dé el pecho á su hijo, en la escuela, delante de sus discípulas.» Dígame usted, señor maestro, si es esa una contestación justa.

—¿Y no contestó más?—preguntó el joven.

—¡Ah, sí! Respondió que era una ridiculez hablar de escándalo, porque los alumnos son pequeños. Vea usted si es tampoco ésta una razón que puede admitirse. Afortunadamente, se metió de por medio el superintendente, y obtuvo del carpintero, que está del otro lado de la calle, que permitiese entrar en su huerto á los muchachos. Pero también esto duró poco, pues el carpintero, en vista de que los muchachos se lo ensuciaban todo, comenzó á darles caza, y á lo mejor se veía á los pobres chiquillos correr por los campos, y (usted perdone) con las bragas en la mano; de modo que volvimos á lo de antes.

En una palabra: disgustos sobre disgustos. Ahora

ha sido peor todavía, pues aprovechándose de que yo estaba enferma, han enviado al dependiente municipal, con aquella barba, á llevarse los bancos de la escuela, y he llegado apenas á tiempo para impedirlo, porque ya había cogido dos. ¡Y todavía tener una que verse tratada de cierto modo! El dependiente, como es natural, lo aprende del alcalde; es un hombre un poco dado al vicio... de beber mucho; aunque, sea dicho entre nosotros, también el alcalde bebe... moderadamente; y cuando ha bebido un poco, el dependiente digo, deja que se le escapen unas palabrotas... No me importa que vaya alabándose de que esté mejor pagado que yo. «Justo, dice él; más gano yo con mi escoba, que usted con su pluma.» Y, al fin y al cabo, es muy verdad esto. Lo que me da pena son las mentiras que le hacen llevar por todas partes. Hasta ha hecho correr la voz de que no soy limpia, y que el inspector del año pasado, al levantarse de mi sitio en la escuela, se vió lleno de pulgas. ¡Una embustería! Lo digo muy alto; todos pueden ver mi ropa blanca, tendida al sol, á ver si esa es ropa de una mujer que descuida el aseo. Son cosas muy feas; dejemos que pasen.

El maestro se sintió humillado, por él, con tales suciedades; pero hallábase al mismo tiempo atraído, por la relación de aquellas cosas y por la mansedumbre fingida con que la maestra las contaba.

—Ahora ya—prosiguió ella,—después que por enferma se despidió la señora Pezza, esperaba yo que el señor alcalde me dejaría en paz; pero no ha sucedido así. El alcalde está aún enojado conmigo, por ciertas palabras que se me acusa de haber dicho el verano pasado, contra el Concejo, delante de gente, por las cuales he estado suspensa de sueldo durante doce días; y no me lo ha perdonado nunca.

Y continuó, echando llamas por los ojos:

—¡Calumnias! Se lo aseguro.

—Pero ¿por qué—preguntó Emilio, después de reflexionar un momento,—esperaba usted que el alcalde cesase de hacerle la guerra una vez jubilada la señora Pezza? ¿Acaso porque puede llamar para ese puesto á la otra?

—No; no por eso—respondió la señora Falbrizio.—Esa no puede, porque no tiene título sino de grado inferior. Además, creo que ya no se piensa en ella. Ya se sabe, los hombres cambian. Lo decía, porque, naturalmente, ahora que está abierto el concurso, el alcalde procurará que sea nombrada una maestra.... Los hombres todos son así, poco más, poco menos; gustan de la juventud. Para una cara como la mía no dará, de seguro, la plaza. Entre tanto, el anuncio del concurso ya se ha publicado, y he oído que entre los demás documentos, se ha dicho que «das que posean su propia fotografía, pueden unirla á la solicitud.»

—¡Demonio!—dijo Emilio riéndose;—eso parece un concurso para matrimonio.

—Las habrá que la envíen—replicó la maestra, con su tono benigno.—¡Hay tantas maestrillas jóvenes que buscan colocación! ¡Son tan contados ya los concursos, que han menester amoldarse, para hallar un puesto, á todo lo que se les pida!... ¡Pobres muchachas! No quiero decir... las hay también que hallan marido honradamente. En nuestro pueblo, hay propietarios de éstos... hombres á la buena de Dios, aunque no en la flor de su juventud, que viendo á esas señoritas bien educadas, que se visten á la moda y hablan bien, se enamoran de ellas... aún sin que ellas den, como suele decirse, el primer paso. Tenemos aquí, por ejemplo, á la maestrilla, señorita Vetti, de quien ya he hablado, la de las «Casas rojas», una joven honrada, de la que decían que iba á casarse con el señor Cavezzi, tratante en maderas; un medio campesino, si se quiere, pero que tiene el riñón bien cubierto. Dicen también que se veían... sin hacer nada malo, entendámonos. Pero ahora, no sé por qué (y le relucían los ojos), todo se ha disipado como el humo.

Más habría hablado; pero como entrase en aquel momento una parroquiana, la maestra cortó de repente aquella larga conversación, en la que había desahogado tanta rabia con tanta dulzura, y dijo á Emilio, que salía:

—¡Hasta la vista, señor maestro! Cuando suceda algo nuevo, si usted lo permite, le informaré de todo.

Pero tengo esperanza de que las cosas vayan bien, si Dios quiere.

Desde aquel día, el pleito entre el alcalde y la maestra, en la existencia monótona del pueblo, fué el principal alimento de la curiosidad de Emilio. Dió de pronto y adrede una acometida sobre el asunto al secretario del Ayuntamiento, y el embarazo que éste mostró al defender al alcalde, mascullando palabras deshilvanadas: «equivocaciones... informes inexactos... no crea usted...» le convencieron de que era verdad todo. Aquella misma timidez de topo perseguido del secretario; la cual, antes que de su propia naturaleza, procedía en gran parte de un hábito adquirido en otros Ayuntamientos, de temer daño de todos, no se habría mantenido tan viva en Altarana (y así lo comprendió perfectamente Emilio), si no hubiese experimentado y conocido el secretario, en más de una ocasión, al alcalde como hombre violento, iracundo é implacable, cuando se encolerizaba con alguno. Pero no ya del alcalde, ni aún de sus enemigos, osaba el pobre secretario hablar mal; en aquella lucha de los dos partidos permanecía entre los concejales electos y los aspirantes á concejales, como un desdichado que pasase entre dos filas de carruajes á la carrera y en opuestas direcciones, sólo procuraba empequeñecerse mucho é inspirar compasión; mandaba hacer la compra alternativamente en las tiendas de los vencedores y en las de los caídos, para no descontentar á nadie. A pesar de todo, á Emilio le agradaba, no solamente por el fondo de bondad que el infeliz dejaba transparentarse en aquel miedo suyo, sino también por razones de simpatía profesional, porque estaba, como él, mal retribuido; era, como él, vagabundo; como él, se hallaba á merced de todo el mundo y sin ser correspondido por el agradecimiento de ninguno. La recíproca simpatía, ayudada también por razones económicas, les condujo pronto á tener mesa común. El maestro bajaba á comer á casa del secretario, pagando un tanto al mes.

La comida era frugal; un litro de vino bastaba á los dos para ambas comidas; el precepto higiénico de que es conveniente levantarse de la mesa teniendo

todavía un poco de apetito, era cumplido rigurosamente. Al verlos á uno y á otro tan desmirriados, en aquella habitación desmantelada, sentados á una mesa, alumbrada por una ruin luz de petróleo, delante de una sopera de caldo clarucho, y con sendos vasos de vino aguado, cerca de un fuego moribundo, parecía enteramente estar viendo al «Trabajo» y á la «Necesidad» en casa de la «Escasez».

Una noche, mientras Emilio y el secretario estaban comiendo sin hablar, rompió el silencio una voz bronca que entraba por el ojo de la llave:

—Hay un muerto.

Emilio se estremeció, figurándose que se había cometido un homicidio á la puerta.

El secretario respondió tranquilamente:

—Voy ahora.

Y explicó al maestro que cuando moría alguno en el pueblo, si no encontraban al secretario en las oficinas del Ayuntamiento, iban á decirselo á su casa, para no tener necesidad de hacer dos viajes.

Otra vez fué interrumpida su cena por la voz de una mujer que, por el mismo sitio, decía:

—Señor secretario, hay una «inocencia».

«Inocencia», en el lenguaje del pueblo, era una manera graciosa de decir: «un recién nacido».

Peró esto sucedía muy de tarde en tarde. Las únicas novedades del día eran, de ordinario, las que llevaba el secretario del Ayuntamiento: «Mañana hay sesión; hoy ha llegado el empleado del Catastro; ayer tarde volcó un carro á la entrada de las «Casas rojas.»

Un día llevó una noticia extraordinaria:

—El alcalde ha salido para Turin. Preguntado por el maestro, después de haber echado una ojeada en rededor para cerciorarse de que no estaba allí Perpetua, respondió muy quedo, y poniéndose una mano al lado de la boca:—Creo que sea para el asunto de la señora Falbrizio... al Consejo provincial de Instrucción pública.

Efectivamente, tres días después, á la caída de la tarde, llegó el alcalde en coche, con su caraza afeitada y lustrosa de cocinero, en la que brillaba la altivez de la victoria, y el maestro le vió venir rápidamente

por la calle Mayor del pueblo, deteniéndose en varias tiendas para decir á voces:—¡Todo aprobado! ¡Todo aprobado! La maestra está despedida, pensó. ¡Adiós las trescientas pesetas! Preguntó al otro día á su camarada el secretario, el cual respondió que no sabía nada de cierto. Pero transcurridos tres días, el pobre hombre se presentó á comer con un semblante de tal modo turbado, que Emilio sospechó alguna borrasca en el Ayuntamiento. La había habido, en efecto. Había llegado el orden del Consejo que anulaba la despedida de la maestra por no estar dada en tiempo legal, y aplazaba todas las determinaciones hasta la próxima visita del inspector, y con aquel golpe se había enfurecido el alcalde en tales términos, que el secretario estaba todavía espantado. Curioso de ver á la señora Falbrizio triunfante, el joven fué al día siguiente á buscarla á la tiendecilla. Ya lo sabía todo. Estaba tranquila en el banco, dando de mamar á su chico, con su habitual aspecto de buena mujer resignada, pero con dos llamas en los ojos.—¿Lo ha oído usted?—dijo al maestro volviendo á poner al chiquillo en la cuna.—Ya pensaba yo que esto debía concluir de ese modo. Aquellos señores del Consejo han comprendido. Sin embargo... usted dirá que soy una simple; casi me da pena que ese buen hombre de alcalde haya tenido una mortificación por causa mía. Al cabo hemos envejecido en el mismo pueblo ¿no es verdad? Me acuerdo de cuando él era muchacho y estaba en la hospedería de los «Tres osos», que fregaba los platos y limpiaba las botas á los viajeros, y era un rapazuelo que se hacía querer de todo el mundo. Y al decir esto bajó los ojos para ocultar las llamaradas que echaba por ellos.—Y también he conocido á su pobre mujer, que le hizo pasar la infeliz cosas que no se dicen. Todos estos son recuerdos que le hacen á una tener cierto afecto á la persona.

—Ahora, sin embargo,—observó Emilio,—podrá usted dormir con sueño tranquilo.

—¡Ah! ¿Qué dice usted? ¡Dormir tranquila! Nada de eso. ¿Usted sabe? Ahora vuelve á principiar peor que nunca. Usted no conoce lo que es capaz de hacer, cuando se encoleriza, ese bendito hombre.

En efecto: la guerra había vuelto á comenzar. El alcalde visitaba ya, desde la noche anterior, todas las casas para persuadir á los padres á que no enviasen las niñas á la escuela de la Falbrizio, é iba diciendo á los rehacios:—«Soy alcalde; me necesitaréis un día ú otro, y si mandáis todavía las niñas á casa de esa tendera... lo veremos.» También la maestra había sabido esto. Creía asimismo que el alcalde llevaba una protesta contra ella para recoger firmas. Y no es esto todo, dijo para terminar:—Como el concejal Cavezzi, el que debía casarse con la señorita Vetti (y luego no se ha casado, no se sabe por qué) debe ir á Roma, dice que el alcalde le ha encargado de llevarme al Ministerio. ¡Una pobre mujer como yo llevada al Ministerio! ¿Quiere usted decirme si vale la pena? Basta, el señor inspector decidirá. Tengo confianza en mis superiores... sin anunciar disgustos á nadie. Después vendrá la maestra nueva, y su venida será un desahogo, si Dios quiere.

LAS ASPIRANTES

Emilio estaba también esperando la visita del inspector que debía fallar en el gran litigio. Los primeros meses del año nuevo pasaron sin acontecimiento alguno. Grandes nevadas, mucho silencio, noches eternas. El joven se entregó por completo al estudio, porque no se le quitaba de la cabeza la idea de las oposiciones en Turín, cuya dificultad le parecía enorme. Por la noche, después de haber ordenado el registro mensual, el anual, la decuria del día, la lista de los no asistentes, comenzaba á leer y á comentar los libros de pedagogía de Tommaseo y de Lambruschini, siguiendo el consejo del director Megari, de copiar y aprender de memoria cualquier periodo en el que estuviese bien expresado un pensamiento que á él le pareciese dificultoso de expresar de cualquier manera. En aquella quietud mortal del invierno de la montaña habíase encariñado el maestro con ese trabajo y se complacía, comprendiendo que había pensado muy intensamente, cuando al salir de una breve meditación le parecía que el torrente comenzaba de nuevo en aquel instante sus zumbidos, casi casi como si hubiese callado hasta entonces para no turbarlo. Así, la situación siempre igual de ánimo en que le dejaba la uniformidad monástica de aquella vida le facilitaba mucho el mantener en la escuela el método austero que había adoptado nuevamente. Sólo le distraía alguna vez el ordenanza, que vivía encima de la escuela, y que á

ciertas horas de la tarde, cuando echaba una siestecilla, roncaba con tal estrépito—alternando las notas de trombón con los rebuznos ahogados,—que muy á menudo le obligaba á interrumpirse; pero sobre este particular pensaba Emilio hablar al alcalde en la primera ocasión. La escuela nocturna también iba perfectamente; el joven había agregado una escuela dominical de dibujo de figura, á la cual asistían ocho alumnos entre adultos y párvulos, y que le servía á él mismo de provechoso esparcimiento. El superintendente no se dejaba ver nunca. Una sola vez, en todo el invierno, se presentó en la escuela para entregarle una circular impresa del inspector, el delegado de Instrucción primaria, un médico del pueblo, de mucha edad, todo pellejo y nervios, y con gran abundancia de pelos blancos y erizados; el mal humor personificado. Tenía para serlo varias razones. Padecía horriblemente de gota hacía ya muchos años, y le quebrantaban además grandes sinsabores ocasionados por varios hijos suyos, ya talludos, esparcidos por el país, uno de los cuales, maquinista á bordo de un piróscrafo, le pedía dinero por el correo ó por el telégrafo desde todos los puertos de mar de ambos hemisferios. La impresión más viva que dejó en el ánimo del maestro fué la de la cariñosa franqueza con que expresó su enemistad al señor superintendente, al cual llamaba sin cumplimientos: el de la papada.—¿Viene muy á menudo el de la papada? Sobre esto lo mejor será que no hable usted con el de la papada.—Pero Emilio no pudo lograr del secretario de Ayuntamiento que le dijera de dónde procedía aquella enemistad, cosa que, sin embargo, debía de ser conocida en todo el pueblo.—Una equivocación, murmuraba el secretario; no hay otra cosa... y aún eso mismo no lo sé bien... Y habló favorablemente de uno y de otro.

Sin embargo, una noche, hacía últimos de Marzo, consiguió Ratti, por primera vez, que su compañero de habitación dejase escapar un secreto. Habíase encontrado por la mañana con la señora Falbrizio, recién levantada del lecho después de algunos días de calentura, durante los cuales había enviado dos veces á su marido, que no sabía leer, para que hiciese re-

citar la lección á las niñas; la maestra, saludando á Emilio al pasar, desde el lado opuesto del camino:—Una novedad, señor maestro. Han llegado las fotografías.

Quería decir las fotografías de las maestras que se presentaban al concurso. El joven no pudo saber más; pero fué á comer con el firme propósito de arrancar á toda costa aquel secreto á su compañero de casa. Precisamente aquella noche el humilde comensal de Emilio, ya porque hubiese recibido algún elogio, ya porque le hubiesen ofrecido alguna gratificación, estaba contentísimo, hasta el punto de hacer, por vez primera, al concluir la comida, un desatino del cual Emilio Ratti no le hubiese considerado capaz. Tomando las cosas desde muy lejos, refirió que un tío suyo, sacerdote, al morir hacia pocos años, le había dejado un depósito, muy poca cosa, pero que conservaba él como oro en paño, y al que recurría cuando más, dos ó tres veces al año, tanto porque era el único recuerdo que conservaba de aquel buen señor, cuanto porque siendo sus costumbres... En una palabra: el legado era una especie de bodega, una coleccioncilla de botellas de vino rancio, de las cuales, en prueba de amistad, quería que probase aquella noche su excelente vecino y buen compañero. Y dicho esto con cierto aire de misterio, abrió el armario acompasada y solemnemente, como podría haber abierto la caja de caudales, sacó de allí con mucho cuidado una botella, con mucho respeto la descorchó, hizo salir el vino como aceite en dos vasitos, de los cuales presentó uno al maestro, mirándolo con gran fijeza para ver con satisfacción la voluptuosidad extraordinaria que su amigo iba á experimentar. Emilio, á fuer de buen psicólogo, esperó á que la botella estuviese casi agotada, y su anfitrión bastante excitado, y entonces lanzó de repente la pregunta que le andaba por la cabeza hacía una hora.

—¿Conque han llegado ya, querido secretario, las fotografías de las maestras? ¿Hay alguna bonita?

El secretario quedó sorprendido.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó después de una pausa.

—Lo sé—respondió sonriéndose el maestro;—¿qué le importa á usted averiguar cómo? Vamos, amigo mío, ya sabe usted que en mi discreción puede tenerse confianza.

El secretario respondió con indiferencia:

—Las aspirantes son siete... Las fotografías no son más que tres. ¡Pche! Ninguna vale cosa.

—Sin embargo—observó el maestro,—las que hayan enviado su retrato crearían, fuerza es pensarlo así, que enviaban algo de particular.

El secretario miró en rededor suyo, y después, acercando su silla á la de Emilio y poniéndose de pronto encarnado, dijo muy quedo:

—Hay una que me gusta bastante. Una morena, que parece una virgencita, peinada de esa manera, con los cabellos lisos. ¡Pero tiene un aire tan bondadoso! Vestida de negro; una garganta hermosa. Su fe de bautismo dice veinticinco años. Ha enseñado ya, con aplauso, en un Instituto de Saluzzo. Título de grado superior, por de contado. ¡Y una boca!... Bajo mi palabra de honor, no he visto en toda mi vida boca más linda. ¿Usted conoce á la mujer del médico titular?... Pues bien; una figura de esa clase, pero mucho mejor. En una palabra: un prodigio.

—Esa será entonces la nombrada—dijo el maestro.

—¡Oh!—replicó el otro;—eso después dependerá de la Junta.

—¿Y las otras dos?—preguntó el maestro.

—Las otras dos—contestó el secretario, recobrando su animación, después de haber dirigido una ojeada hacia la cocina, pueden pasar.—Una rubia, de cuello muy largo. La otra es demasiado gruesa, aunque tiene unos ojos admirables. Pero no llegan, ni con mucho, á la primera. ¡Ah! la primera, querido maestro... A más de uno ha de robar el corazón.

—Me parece que á usted ya se lo ha robado.

El secretario hizo un gesto que significaba:

—Yo no entro en cuenta; un pobre secretario de Ayuntamiento no es un hombre; y suspiró. Después bebió un sorbo, y se rehizo.—Hermosísima boca... de veras. No he visto una boca tan preciosa en toda mi vida.